

# Los terrígenas

JUAN GABRIEL GÓMEZ ALBARELLO

al margen

*En Bogotá, en la Biblioteca Nacional, hay un solo volumen, en muy mal estado, de la Enciclopedia Temática Universal, que contiene una larga sección sobre La Vía Láctea. El libro, que está a punto de descoserse, aparentemente por un largo período de uso, ya ha perdido sus primeras páginas. Ninguno de los funcionarios sabe donde están los demás tomos. Ignoran cómo, dónde o cuándo fue adquirido porque no aparece ni en los registros de compras ni en los de donaciones. "Tan raro ...", es lo único que dicen del origen del libro. Aunque no está permitido tomarle copia, está al alcance de todos los que quieran consultarlo. Uno de sus artículos tiene por título "Los terrígenas". Esta es su transcripción.*

A diferencia de lo que puede observarse en otras constelaciones donde hay seres animados, en este planeta las diferentes especies que lo habitan están en grave riesgo de quedar sometidas a una sola. Se trata de un conjunto de seres que han construido formas de supervivencia que lejos de mejorarles su existencia, parecieran empeorar cada vez más las condiciones de vida de todo el planeta. Cada solución es en realidad la fuente de múltiples problemas, lo que curiosamente es tomado por estos seres como indicación de una buena realización.

Una de las características básicas de esta especie, los terrígenas, es la de una baja capacidad de adaptación al ambien-

te, en buena medida a consecuencia de que sus mecanismos de percepción son extremadamente limitados puesto que están restringidos a un pequeño campo de ondas y de partículas. Este fenómeno, sin embargo, no se presenta en otras especies del planeta. Aunque sugiere dificultades para un futuro contacto con los terrígenas, este hecho ha facilitado el trabajo de observación de su comportamiento.

Los terrígenas creen que su limitada percepción está compensada por el desarrollo del cálculo, al cual han tomado como prototipo de la inteligencia. Varias clases de cálculo han sido inventadas y sus aplicaciones son muy variadas: desde el análisis de los mecanismos de distribución de recursos hasta los juegos. Disfrutaban muchísimo con juegos de cálculo, que la mayoría confunde con la adivinación, y uno de ellos, la astrología, se ha vuelto muy popular. La constante es que esta especie aborrece la incertidumbre y el verdadero azar. En el último período han tratado incluso de hacer calculables al mayor grado posible las interacciones entre ellos y han dedicado muchos esfuerzos a la construcción de máquinas calculadoras.

Con todo, tecnológicamente están muy atrasados. Conocen muy pocas formas de movimiento y, consecuentemente, de

JUAN GABRIEL GÓMEZ ALBARELLO  
Abogado. Profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia.

vehículos. Empero, merece destacarse el caso de naves que se desplazaban en sus mares impulsadas por el viento, que sirvieron muchísimo para la extensión de los intercambios entre ellos y para la escritura de relatos fabulosos. No obstante, esta ruta tecnológica fue abandonada recientemente. Ignoran por fortuna todavía como entrar en túneles del tiempo.

En general, es apreciable la limitada capacidad de cooperación que los terrígenas muestran entre sí. Aunque en algunos casos han logrado formar grandes organizaciones, ellas tienen como propósito atacar o dominar a otros grupos de terrígenas. Algunas de estas son llamadas estados, otras ejércitos, empresas o partidos, y la mayoría de las veces es muy difícil distinguir unas de otras.

Un detallado análisis de su psicología permite afirmar que la emoción más poderosa que activa su sistema es el miedo. Están atascados en una forma muy rudimentaria del principio de autoconservación. Con excepción de ciertos sistemas abstractos, como las matemáticas y algunas formas de la música, sus vehículos de comunicación están sobrecargados del miedo a la muerte, del temor a la disolución de su configuración individual. Esto es especialmente evidente en ciertos sistemas como la religión, la filosofía y, sobre todo, la política, a la cual muchos toman como sustituto de la esquivia inmortalidad. Por su misma ignorancia de los flujos del universo, se han vuelto tremendamente posesivos y codiciosos. Muchos individuos experimentan momentáneamente sensaciones diferentes que son llamadas amor, altruismo o fraternidad universal.

Los terrígenas han idealizado en formas incluso grotescas lo que consideran autoconciencia, personalidad o dominio de sí mismos. Se trata de una memoria idealizada de eventos en los cuales los individuos han participado como protagonistas, lo cual les ofrece un cierto esta-

do de equilibrio. Consideran bastante positivo preservarlo de cualquier manera, incluso con ejercicios perversos realizados a costa de sí mismos. Esta voluntad de dominio es apreciada por ellos como uno de los rasgos más importantes de su especie. Las consecuencias de esto son desastrosas, entre las cuales se cuentan, por un lado, la particularidad de darse muchísima importancia: tanto a sí mismos como a la especie a la que pertenecen; y, por el otro, la sensación de un gran aislamiento.

Cada vez es más fuerte la tendencia de los terrígenas a concentrarse en pocos lugares del planeta, verdaderos modelos de la violencia que han ejercido sobre su ambiente. En estos lugares prolifera el uso de focos luminosos de baja calidad, activados con electricidad, porque su sistema visual es limitado y temen mucho los períodos en los cuales no reciben luz solar. El resultado de ello ha sido la formación de campos de gran perturbación de energía, que forman escudos de luz que no dejan ver nada distinto al sitio donde viven. Hace poco tiempo se hizo el experimento de apagar simultáneamente esos focos luminosos en un lugar del planeta y el resultado, descontado el progreso de algunos miembros de la especie, fue funesto, razón por la cual no se ha querido, hasta la fecha, repetirlo.

A pesar de lo perturbador que pueda resultar en su trayectoria evolutiva, es recomendable establecer contacto con esta especie. A favor de los terrígenas cuentan la infinita curiosidad que muestran por todo lo que desconocen y el cultivo de ciertas formas de armonía, lo cual les puede abrir el camino a la percepción de nuevas formas de movimiento y de cambio. Bien es cierto que su ruido se escucha en todas partes. Pero, para decirlo con una fórmula de su propio lenguaje, todavía pueden escuchar la música de las esferas celestes.

*Para M. V.*

# Comunicación para los alienígenas

*Muchos trabajos he tenido que pasar para que me crean que no soy el autor del artículo "Los terrígenas". Los pocos amigos que lo han leído sólo han sabido desternillarse de risa y acusarme de perder el tiempo. Al fin pude convencer a uno de ellos de que me acompañara a la Biblioteca Nacional y leyera el mismo el texto que transcribí de la Enciclopedia Temática Universal. El día que fuimos no tuvimos mucho trabajo para encontrar el desgastado tomo. Estaba en el mismo estante, al lado de los volúmenes de la Larousse. Al abrirlo, cayó una hoja impresa que tenía por título "Comunicación para los alienígenas". Después de leerla, mi amigo me dijo "¡Joder! No contentas con reescribir la historia, ahora las feministas quieren corregirle la plana hasta a los extraterrestres. ¿Qué vas a hacer con esto? ¿Quieres que más gente lo lea?"*

Estimados alienígenas:

He meditado sobre los juicios que les merece nuestra especie. Hoy pienso que, de tanto observar, terminaron por omitir un dato fundamental, el que nos distingue de todas las demás aquí en la tierra: somos nosotros, a quienes ustedes llaman terrígenas, los únicos que hemos roto las cadenas de los ciclos reproductivos que ataban la energía y los efluvios vitales de nuestros cuerpos. En este planeta somos los únicos que nos apareamos cuando se nos da la gana: de noche y de día, en invierno y en verano, con sol o con lluvia. El artificio de las instituciones humanas tiene aquí su explicación. Hemos tenido que procurarnos nuevas reglas que sustituyeran las naturales, pero las hebras con las que se teje su lazo son frágiles. No son pocos los que han caído en la locura cuando ellas se rompen. Sin reconocer ningún término a su fuerza vital, se han lanzado a correr por todas las extensiones hasta terminar describiendo círculos y caer agotados de muerte. Los más afortunados han podido hacer girar la rueda con hilos de colores para restablecer de otro modo los ciclos de la vida.

Han sabido adornar los encuentros con los otros con diferentes movimientos y figuras y ajustarlos a la disposición de la diversidad de los seres, de los tiempos y de los lugares.

Todo en la naturaleza nos dice a los terrígenas que hay una regularidad. Y sin embargo, ¡oh misterio!, nuestros encuentros con los otros ya no están bajo el yugo de la naturaleza, de los ciclos que marcan el tiempo de regeneración de la especie. Es muy alto el grado que hemos alcanzado con las artes y la ciencia en el control de nuestros cuerpos y nuestras emociones, pero nuestro conocimiento no nos brinda la garantía de continuidad de esos ciclos naturales. Tras el reflujo puede estar la nada, la ausencia, el destierro prolongado de los territorios del placer. Como el miedo a que no salga el sol de nuevo, a que la lluvia no vuelva a acariciar la tierra, a que la marea no regrese a las playas a poblarlas con sal, estrellas y caracolas, así es el miedo a perder a los otros. Sin haberlo podido conjurar, así han transcurrido siglos y siglos. Para evadirlo hemos inventado el dominio -en su doble acepción de poder y propiedad, que al final son lo mismo- y, también, la máquina de los celos, que nos tortura. La primera frontera que pusimos los terrígenas en el mundo fue entre los cuerpos. Los demás límites y bordes los creamos después.

De la pertenencia y la separación resultó el nombre, la designación individual de los miembros de la especie y de las cosas. Del temor a las acciones inesperadas de los otros proviene el predominio del cálculo sobre toda otra forma de inteligencia. Del deseo de grabar para siempre en la memoria de los otros la imagen propia surgieron el sueño de la inmortalidad y los monumentos. De la voluntad de conservar a los otros derivó el mecanismo de convertir en hábito las acciones que empleamos para seducirlos.

Adherimos a nuestro rostro la máscara que empleamos en estos encantamientos. Generalizada rápidamente esta costumbre, desde tiempo atrás la mayoría de nosotros dice tener una personalidad. Son pocos los que se han liberado de la prisión de los hábitos de seducción que han aprendido o descubierto. Son pocos los que saben llevar debajo de su máscara múltiples máscaras, los que saben vestirse de diferentes colores y visitar distintos palacios. A pesar de que los intercambios que realizamos los terrígenas abarcan hoy todo el globo, los más prefieren llevar puestos unos mismos andrajos y frecuentar los mismos suburbios harapientos. ¡Qué tristeza! Nuestra especie se está muriendo de pobreza y de miedo.

Se condena a algunos que van por ahí como las abejas, las mariposas o las aves picaflores porque no son, como ellas, generosas. Donde hay poco es una falta la codicia. Pero es una bendición que haya quienes toman y reparten con prodigalidad y delicadeza. Ojalá puedan enseñar a los demás que hay tanto para todos, que no hay pérdida. Entonces, y solamente entonces, podremos deshacernos del hábito de dominar, del de defender y del de atacar. He pensado que esos dadivosos e inagotables caminantes son viajeros que han venido de otro tiempo o de otro lugar del universo, o que son embajadores de un reino con el que podremos tener un gran comercio. He leído en el anuncio de contacto con otros mundos una promesa. ¿Podrán decirme alienígenas si estoy equivocada?

Entre las tantas consecuencias del extravío de nuestra especie, después de escapar de la tiranía de la naturaleza, está sin duda alguna la de haber endurecido con violencia los lazos con los que se ha amarrado al género de las hembras. Los machos envidian nuestra condición de madres. Por tal razón, se han dedicado a engendrar seres virtuales, creaciones que

son una imitación de sí mismos. Hay incluso algunos pueblos que creen que del mismo modo como los machos crean, así fueron ellos creados. No es de extrañar por eso que las grandes manifestaciones de poder y permanencia estén asociadas a la figura del padre y que se diga sin rubor alguno que se muere por la patria. Quizá lo contrario es verdadero: se vive por la patria. Sin embargo, no hay que perder la ponderación en el juicio. Hay algunas religiones que nos incluyen a las mujeres, por el sólo hecho de ser madres, dentro del círculo de los elegidos por sus dioses.

La mayor fuerza que las mujeres albergamos en el vientre es objeto de temor por parte de los machos. Se la venera y se la odia. Hay una rara historia, la de un rey que mandó castigar al mar porque había devorado una parte de su flota. Marineros embriagados en la furia de su señor apalearon durante un día la superficie de las aguas. Distintos, pero harto más comunes son los relatos de pueblos enteros que le han ofrecido al mar grandes sacrificios o le han entregado los restos de sus valientes. Así son muchas de las narraciones de los hombres que hablan de su experiencia con nosotras. No son muchos los que cuentan que han navegado en la cresta de nuestras olas y han alcanzado la otra orilla de la vida abandonándose al flujo de nuestra alta marea. Como éstos, hay también algunas mujeres que cuentan que han aprendido a evaporarse y convertirse en nubes para habitar, solitarias, en las cumbres de las montañas.

El viejo orden que ha habido entre los géneros está en conmoción y no se sabe que quedará en pie. Tal vez, como ustedes dicen, la curiosidad y el gusto por la armonía y el placer de escuchar la música de las esferas celestes nos prevengan de la destrucción.

Para D.